

La carta del desesperado

9 de abril, 1947.

Hace tiempo que la guerra pasó, aunque aún quedan resquicios de muerte y podredumbre entre los adoquines de las grandes ciudades y en los *corazones solitarios*. La gente dice que la situación cambiará, pero ¿quién puede cambiar los atroces recuerdos, las heridas incurables?

Hace tiempo que la guerra pasó. Arrasó con todo cuanto teníamos y nos lo arrebató y lo rompió como a un juguete de cristal. Deshizo nuestras vidas y las emborronó como a una pintura descartada. *Pintura*. Antes solía ganarme la vida como artista, como bohemio, como amante de la vida y de lo bello. Ahora solo sé que la vida no tiene nada que ofrecerme ni que darme a cambio por el inefable dolor de *su* ausencia. Han pasado ya dos años, tres meses y catorce días en los que mi corazón dejó de latir para siempre y dejarse marchitar junto al resto de los hurraños viandantes. Corazones solitarios sin una pizca de ilusión ni presagios halagüeños.

Ya no tengo familia, la mitad de mis amigos murieron o encontraron la felicidad en América y no sé a quién recurrir. El mundo está lleno de gabardinas grises y zapatos estropeados que se pasean en busca de trabajo o, con suerte, un par de monedas. Debería estar agradecido a la vida.

20 de abril, 1947.

He hecho un nuevo amigo. Se llama Wolfgang y trabaja para mí como mayordomo. Hacía tiempo que me sentía solo en la casa y empecé a desvariar—por un momento llegué a pensar que el cuadro sobre la chimenea me hablaba de la situación económica del país—. Wolfgang es un hombre entrañable y afable, siempre está de buen humor. Uno de los pocos que podría estarlo en nuestro mundo. Fue suya la brillante idea de iniciar este diario, para suplir su ausencia cuando él descansaba felizmente los fines de semana junto a su esposa. Qué gracia. Yo solía ser como él. Qué cambios te da la vida en cuanto menos te lo esperas...

Wolfgang dice que escribir es una excelente manera de esgrimir el dolor. Según él, el primer paso es hablar de lo sucedido. Supongo que ya no tiene ningún sentido seguir engañándome a mí mismo diciendo que ella se refugió en algún pueblecito al sur de Francia para empezar una nueva vida. Aimée dejó de existir en marzo de 1945, no en un campo de concentración ni a causa de un bombardeo—como era de esperar en aquellos momentos—, sino de un ataque al corazón. Supongo que, paradójicamente, mi corazón también murió con el suyo.

1 de mayo, 1947.

Hoy he decidido pasear por los jardines traseros, encandilándome en la sutileza y esplendor de la naturaleza en un intento de volver a verla. Desde la suavidad de los capullos en flor, poseedores de aterciopelado tacto y vistosos colores. Desde algún espejismo travieso del río argentino o en alguna sombra del vibrante atardecer. Quise, deseé, exhorté escuchar su risa en la brisa primaveral, salpimentada por el susurro de las abejas y de conversaciones

lejanas. Como era de esperar, no la vi. ¡Por favor, menuda estupidez! Me tendí sobre la hierba tierna y floreada en un intento de aclarar mi mente.

En el silencio campestre escuché una risa que más bien se asemejaba al gorjeo de los pájaros, al revoloteo de las alas de una mariposa, al aria de una soprano. Me levanté presto y giré la cabeza en todas las direcciones, pero allí no había nadie. Estaba acompañado de mi aburridísima y muy conocida soledad cuando decidí emprender camino de vuelta a la casa. Este se hizo más corto y ameno cuando vislumbré entre las sombras recortadas de los manzanos unas curvas inusuales, un brillo dorado desconcertante y dos diamantes impagables. No lo pensé dos veces y—bobo de mí—corrí hacia aquella dulce y exultante ilusión. Porque era una ilusión, ¿verdad? Recuerdo cómo su boca de fresa, sonriente, formaba unos hermosos hoyuelos en su piel nívea, nunca enfermiza. Parecía una muñeca de porcelana perfectamente elaborada. Era la envidia de cualquier artista. Era mi *musa*. Ella me inspiraba.

Al llegar a la sombra del manzano descubrí que aquel caprichoso fantasma del pasado se había evaporado.

8 de mayo, 1947.

Desde aquella maravillosa y condenada tarde sueño con ella. La veo en cualquier reflejo de los grandes ventanales de mi salón, en cada esquina poco iluminada. La escucho en el interminable camino del río, cada vez más cerca de mi corazón. Wolfgang afirma que, tras una semana de vacaciones, había cambiado mucho. Tenía mal aspecto, una barba más que incipiente y los ojos inyectados en sangre. Por él sé que a veces desvarió y le escribo cartas a un espíritu errante que me envuelve y me embriaga. Todas las mañanas las deposito en el buzón y al día siguiente la pila duplica su contenido.

Wolfgang dice que estoy loco y que a finales de mes dejará la mansión. Le he pedido que aguarde un segundo, que piense fríamente si eso es lo que verdaderamente quiere. Le supliqué que no me dejase solo, que era mi faro a la cordura.

—Creo que usted dejó de conocer hace tiempo el significado de esa palabra—afirmó y, sin oír mis súplicas ni mis sobornos, abandonó mi casa antes de lo previsto. Ahora estoy solo, pero con ella. Aimée se tiende en mi cama todas las noches y me susurra palabras de amor. Tras unos días me he acostumbrado a tenerla cerca.

23 de mayo, 1947.

Ya no la veo. Ya no la siento ni la percibo de ninguna manera sensorialmente posible. No escucho su voz ni su risa rodeada del eco propio de la mansión. Recorro los pasillos, rompo cuadros en ataques de furia. Cuando me percató de lo que estoy haciendo lloro como un bebé y dejo que el dolor salga de mí. Ya no puedo aguantarlo más. Aimée, si lees esto, debes quedarte. Permanece conmigo, te lo suplico. Necesito de tu presencia para mantener mi cordura, porque sé que en mi locura moriré con tu ausencia. Ya no lo aguanto más.

Cuando tres días después la policía halló los escritos del señor Dupont, se encargó expresamente en encontrar a Aimée, tarea fácil pues, revisando los

registros y partidas de nacimiento y defunción de casi todo el sur de Francia y alrededores, concluyeron que la supuesta muchacha no existía.